

Hoy es Domingo / ASENSIO SAEZ

## Bar de carretera

**A** PARCANDO mal que bien el coche y abriéndose luego paso entre el bullicio de una clientela variopinta que poblaba con creces el bar de carretera, especialidad en tapas, pudieron cantar victoria al hacerse de una mesa libre.

—¿Qué va a ser? —preguntó el camarero.

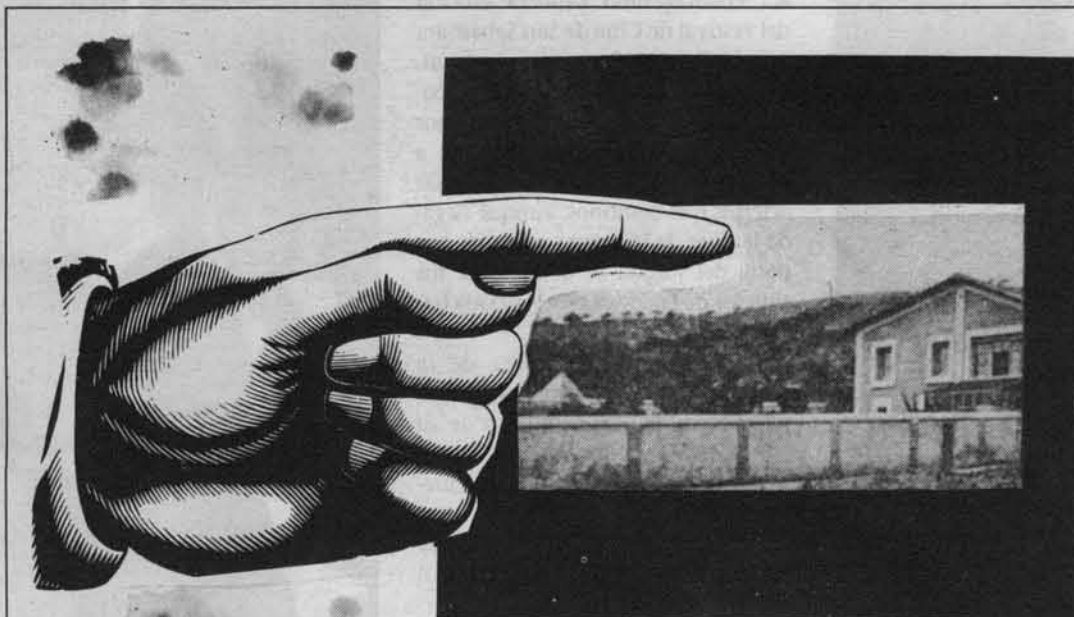
—Pues mire usted, bocatas de jamón y queso para los tres niños, otro de anchoas para aquí, mi cuñada; un yogur para mi señora y para nuestro querido abuelito que preside la mesa, una coca-cola temperatura ambiental. Para mí, un agua mineral sin gas y una hamburguesa.

Tiempo le faltó al abuelito para la personal protesta, trabándose al intentar ajustar su dentadura postiza que, como siempre, no acababa de acomodarse a las encías:

—¿Coca-cola para mí? ¡Pero si a mí la coca-cola me sienta como un tiro! Mire usted, camarero, probar uno la coca-cola y preguntar la dirección de los servicios, con perdón, todo es uno.

—No se hable más. Coca-cola, papá, tan digestiva siempre.

Tomó el camarero cumplida nota. Con gesto ritual pasó luego un paño húmedo por la mesa decorada por alguna que otra mácula vinatera y desapareció finalmente por el escotillón de irás y no volverás pues al menos durante un largo rato nada se supo de él, pese a que la cuñada, volviéndose atrás por no ser río, hubiese preferido trocar su bocata de anchoas por un montadito de lomo. Sueño inútil. El camarero parecía haber sido engullido por la tierra. De ese defecto disponía, según manifestación del propio dueño del bar al serle reclamada por la familia la presencia de aquél y venir a ser descubierto entonces en secreto rincón, hartándose de croquetas calientes, almendras fritas y virutillas de una áurea, acaramelada mojama. Aquella era la cruz del camarero, su tentación imperiosa, en la que tan complacidamente caía una y otra vez; feísima costumbre a la que no podía escapar, perdiéndose nadie sabía en qué oscuros recovecos, precisamente en los momentos de mayor animación del bar, para luego reaparecer, cumplidas sus apetencias, orondo y satisfecho. Si el destino se ponía en alguna ocasión de su parte, el camarero montaría un día un bar de carretera. Se callaba, por supuesto, los motivos, del todo inconfesables, que lo empujaban a tal proyecto, o sea, su vocacional afición al



*gambas a la plancha, croquetas, boquerones, almendras fritas, calamares, etc.*

taperío.

Todavía con el regusto de unas almendras saladas en la boca, sirvió con todo esmero a la simpática familia, empezando por el abuelo, el cual no tardó en ponerse perdido con las salpicaduras de su coca-cola el impecable chándal de los fines de semana y los 'puentes'. «Bien os lo decía yo,

que el abuelo acabaría chafándonos todos los 'puentes' —resentidos clamores de la nuera—. Porque es lo que yo digo, ¿qué sería de nuestra fastidiosa existencia sin el gustoso regodeo de los 'puentes'? Por cierto, el del Pilar ya lo tenemos a la vuelta de la esquina». En algo había coincidido toda la familia: la de contar con la tabarra de un viejo, con su catálogo de

alifafes y torpezas. ¿No habían de recordar todos la tarde aquella en que, al quedar solo en casa, a punto estuvo de prender fuego al comedor, por mor de una cerilla mal apagada, o aquel otro día en que fundió el televisor, trasteando endemoniadamente sus mandos? ¿Pues qué decir de la urgente necesidad de que se decidiese a abdicar su dormitorio a favor de los

niños, como sardinillas en lata, prensados en la parva leonera, junto a la despensa?

Ahora, mientras los niños daban fin, sin prisas, por alargar fruitivamente las apetecibles propiedades del bocata, el abuelo, acaso por amenizar la espera, indagó, inocente:

—¿Os he contado alguna vez cómo me salvé de milagro en la batalla de Brunete?

Pregunta contestada a coro:

—¡Más de cien veces!

Intervino entonces, en un solo despiadado, la cuñada:

—A mí lo que me han asegurado es que en la nueva residencia de ancianos tratan a éstos a cuerpo de rey.

Optó el abuelo por dar la llamada por respuesta, removida como se le presentaba la barriga, por lo de la coca-cola debía ser. Precavido, enderezó sus pasos, un tanto renqueantes, hacia los servicios. Mirando por la seguridad de sus andanzas callejeras, un día de éstos adquiriría un bastón con la empuñadura de plata, aunque fuera de la que cagó la gata. También, claro, podría ser un bastón rematado con una bonita cabeza de perro.

Cuando regresó, libre de sus urgencias, unos señores desconocidos ocupaban su mesa. Ya no pudo encontrar a su familia. Por un ventanal intentó localizar inútilmente el aparcamiento del coche. Angustiado, preguntó a unos y otros. Alguien pudo, al fin, proporcionarle la desconsoladora nueva:

—¿Es un «peugeot» rojo, cargado de paquetes, bultos, hijos...? Acaba de arrancar.

Ganado por un frío sudor mortal, el anciano tropezó, a punto de ser derribado, con el camarero que les había servido el tentempié.

—No se apure, hombre de Dios. Por desgracia estos hechos se repiten hoy a menudo. No abre usted ningún libro nuevo.

Le sirvió luego, compasivo, una tila caliente.

—De llorar, nada, abuelo. Todo tiene arreglo en esta vida, menos la muerte.

Pero ya había de dejarle, porque lo reclamaban desde una mesa cercana, a la que atendió más o menos desganadamente, desapareciendo enseguida, seguramente con la intención de meterle mano secreta a una sabrosa hueva de maruca, a unas gambas al ajillo o a unos boquerones en vinagre, vaya usted a saber.